

compartir un tiempo histórico que en realidad no es común a ellas. Se han producido así clamorosos anacronismos. La primera guerra mundial fue librada entre unas aristocracias militares que respondían a normas estamentales propias de la Edad Media y manejaban ingenios bélicos actuales. Hitler intentó reconstruir una ancestral tribu germánica a la vez que mandaba investigar el agua pesada para elaborar una bomba atómica. En 1949 obtuvo su independencia nacional la India, lugar de antiquísima civilización, espacio compartido por tres religiones incompatibles (hinduismo, islam y budismo), sin apenas noción de Estado nacional, gobernada por una minoría de cultura anglosajona que intentaba dirigir a cientos de millones de supuestos ciudadanos, nueve de cada diez de ellos, analfabetos.

Siglo de guerras gigantescas, triunfo del Tánatos, pero también siglo de expansión económica inusitada y arraigo de la vida en el planeta, triunfo del Eros. Nunca la economía del mundo mostró semejante capacidad para rehacerse tras experiencias traumáticas como la Gran Depresión de 1929 y las destrucciones emergentes de las dos guerras mundiales, sin contar ondas económicas de expansión y contracción recurrentes y el impacto de los precios del petróleo en 1969 y 1973. De igual forma, gracias a los avances de la ingeniería genética, se han deshecho las previsiones de Malthus y la producción de alimentos ha crecido más velozmente que la población.

El siglo pareció, al menos en dos momentos cruciales, convertirse en el escenario del gran experimento de cambio histórico acuñado en el siglo XVIII y sostenido en el XIX: la revolución. Uso la palabra en sentido amplio, incluyendo tanto la noción libertaria (el corte tajante del tiempo histórico y el recomienzo desde el grado cero de la historia) o marxista (la maduración del tiempo histórico que vuelve incompatible el modo de producción con las relaciones de producción y exige cambiar de clase dirigente).

El mayor estímulo para la revolución fue la certeza, luego invalidada por los hechos, de que el sistema económico capitalista agonizaba en corto plazo y debía ser sustituido por un sistema socialista, basado en una ideología internacionalista (comunismo) o nacionalista (fascismo). El capitalismo, si se entiende por tal la economía basada en la extracción de plusvalía y la formación de capitales (medios de producción) que se acumulan y se reproducen por el principio de ganancia óptima, no parece agonizar, aunque su capacidad de transformación hace que *capitalismo* se haya vuelto un término de tal amplitud que raya en la abstracción.

Durante un tiempo, fascismo y comunismo se plantearon como alternativas a ese anchísimo sistema llamado capitalista. La experiencia de ambas propuestas mostró que dicha alternancia era aparente. Aunque desprovisto de un mercado competitivo y de propiedad privada individual, el comunis-

mo funcionó como un mecanismo capitalista de acumulación originaria de capital en un país atrasado como Rusia, extrayendo plusvalía del trabajo asalariado y reservando la propiedad privada de los medios de producción a una burocracia estatal colectivista.

Por debajo de estas conmociones que acabaron con la integración de los países comunistas en la economía del mercado mundial, lo que se fue dando fue un proceso social de recambio en la dirigencia. Las antiguas clases dirigentes –burguesía y funcionariado– fueron sustituidas en la efectiva gestión de las empresas por una clase de técnicos y gestores que provocaron esa «revolución sorda» más o menos descrita por Burnham, Rizzi, Toffler y otros autores, en las huellas de Max Weber, quien observó la creciente racionalización de la vida económica bajo el moderno capitalismo industrial como un aumento de la gestión burocrática de la vida.

El auge de los fascismos en los años veinte y treinta anuncia el rumbo de este proceso. En efecto, el fascismo, que proclama una revolución basada en el paradójico principio restaurador de la jerarquía, propone la disociación entre clase social y política. No sólo porque niega la lucha de clases sino porque su base de apoyo es una masa indiferenciada, a partir de los desclasados y desocupados, el proletariado más pobre y las clases medias atemorizadas tanto por el poder de los monopolios como por la amenaza del bolchevismo. Exteriormente, el fascismo estetiza la política, en tanto en lo interno organiza una nueva burocracia que se produce con un discurso místico referido a la nación elegida por la historia, cuyo destino es la dominación imperial de los pueblos inferiores. La expansión de los fascismos y su crisis en la segunda guerra mundial pueden ser leídas como otro episodio del anacronismo en nuestro siglo.

El final de la centuria apunta a una difusión incontestada de la democracia liberal y parlamentaria, pero no es una finalidad supuesta de los tiempos. La democracia me resulta deseable, pero no pierdo de vista su azaroso rumbo en la centuria. Entre 1917 y 1945, por ejemplo, tendió a desaparecer del mapa como una antigualla decimonónica, sustituida por las ideas de dictadura, corporativismo y comunismo, según los casos. En 1918 la mayor parte de Europa y la totalidad de China estaban dominadas por procesos revolucionarios de diverso signo. Todos atacaban a la democracia por su inoperancia y su falta de reflejos ante el fenómeno de la guerra. La experiencia posterior demostraría lo contrario: un Estado democrático está mejor organizado para movilizarse en caso de guerra, según razonaría alguien tan poco democrático como Ernst Jünger.

Los naipes de las ideologías fueron duramente mezclados y confundidos por la historia. Nazis y comunistas se aliaron en 1940 antes de enfrentarse

en la segunda guerra mundial. El comunismo, en contra de la previsión de Marx, se impuso allí donde el capitalismo era más débil y no donde estaba más desarrollado. Ese comunismo, que heredaba las tradiciones de la Ilustración, se convirtió en una Iglesia universal, portadora de la Buena Nueva de la historia: el destino quería que el mundo se comunizara. Su internacionalismo cayó de bruces ante la convicción de que el socialismo tenía una patria, la antigua Rusia, la tercera Roma.

Un proceso de industrialización forzada y vertiginosa, hizo del imperio ruso, la Unión Soviética. Pero, salvo la armamentística, quedó destruida en 1945 y se derrumbó al ingresar la URSS en el mercado mundial, en los años ochenta. Ciertamente, los soviéticos habían evitado la depresión y el paro, mas no pudieron competir con la economía desarrollada de Occidente.

La idea de revolución tuvo sus retornos, con el auge de las guerrillas tercermundistas y la revolución estudiantil de 1968. Hoy apenas queda algún gobierno formado a partir de un ejército guerrillero y, en cuanto al llamado Poder Joven, se vio que no representaba a ningún sector de la sociedad, carecía de continuidad política y no podía, en consecuencia, protagonizar ninguna revolución a pesar de sus consignas libertarias y sus gestos evocadores (manifestaciones, mítines, barricadas). De las revoluciones subsiste su versión institucional: el arte de las vanguardias, asumido por la industria cultural, que ha transformado el asombro en moda.

Un par de escenas con un protagonista común tal vez ilustre mejor que ningún razonamiento el destino de las revoluciones clásicas en el siglo XX. En la primavera de 1925, Antonio Gramsci mantiene su primer debate parlamentario. Será el único. Su contendiente también lo es: Benito Mussolini. Ambos admiran a Lenin y a Sorel. Ambos han sido socialistas. Más aún: Gramsci ingresó en el PS a través de una organización llamada *Fascio*. Mussolini intenta persuadir a Gramsci de que los comunistas hacen en Rusia lo mismo que los fascistas en Italia: una revolución que permita acceder al gobierno a una nueva clase dirigente. Lo escucha con atención y, según la leyenda, lo va a felicitar al bar del Parlamento. No falta quien piense en una oferta: Gramsci, secretario de Estado en un gabinete fascista donde lucen otros intelectuales de fuste: Gentile, Rocco, Bottai.

Desde luego, no fue así. Gramsci acabó preso, enfermo y largamente agonizante, escribiendo entre rejas sus mejores páginas. De aquel debate queda su vocabulario decimonónico: lucha de clases, vanguardia, minoría energética. Queda el choque de los dos socialismos revolucionarios del siglo XX.

En la primavera de 1945, un pelotón de partisanos está por fusilar a Mussolini. Uno de ellos lo interroga duramente: «¿Por qué traicionaste al socialismo?» El antiguo Duce contesta con la misma dureza: «Nunca lo traicio-

né. Hice la guerra junto a Hitler para derrotar a la plutocracia financiera y abolir el dinero».

Con un tesoro de hallazgos científicos y hecatombes bélicas, el siglo XX ofrece a uno de sus más altos pensadores, Walter Benjamin, una vasta ilustración de su definición del progreso: un avance hacia el futuro que deja un montón de ruinas. Habrá progreso mientras haya futuro y siempre que no confundamos, según ocurre a menudo en nuestros días, progreso y desarrollo. Ya en 1912, cuando el hundimiento del *Titanic*, Joseph Conrad, escritor y navegante, alertaba sobre tal peligro. En cierto punto de la deriva, hay que alterar el curso de la navegación para que el desarrollo sea progreso. Es cuando el crecimiento alcanza intimidad moral. Los muertos del *Titanic* carecían de botes salvavidas. La proeza técnica carecía de escrúpulos morales. Concluye Conrad, adelantándose a las averiguaciones actuales sobre aquel accidente, que no se puede construir un trasatlántico de cincuenta mil toneladas con el metal de una caja de galletas.

Somos capaces de llegar a Júpiter y planear una colonia humana en la Luna. En tanto, nuestra vieja Tierra se ha llenado de armas, espacios contaminados, ecosistemas en peligro. A la crueldad de la guerra cuerpo a cuerpo la hemos sustituido por otra crueldad, muy tecnificada, distanciada, impersonal, apenas sensible. Lo mismo nos está ocurriendo con la convivencia y el tiempo. En el extremo de la disgregación posmoderna, la baronesa Thatcher sostiene, olímpica, que no hay sociedad, que sólo hay individuos. Lo mismo nos puede suceder con el tiempo histórico. Cierta nihilismo a la moda nos propone prescindir del pasado y vivir en el éxtasis del presente, esa burbuja desmemoriada del tiempo que tampoco se preocupa por lo que vendrá. El futuro fue privilegiado por las revoluciones y las vanguardias. Sin ellas, pareciera que ha desaparecido. Sin pasado ni porvenir, tal vez hayamos llegado al fin de los tiempos, ese episodio final de la historia que inquietaba a Valéry y ahora revisa Starobinski. Desde luego, los eventos temporales subsisten. Seguimos naciendo, creciendo, envejeciendo y muriendo como siempre. Pero si esos eventos son eso, pura eventualidad, dejan de simbolizar y no constituyen una historia. Y esa ausencia de lo histórico es la que desmoraliza el desarrollo y lo convierte en una serie circular de cantidades abstractas. El conocimiento alcanzado no se transmuta en cultura y es como si fuera un tesoro de saberes sin dueño, saber de nadie. En la pródiga acumulación de cosas que hemos conseguido puede estar agazapada su paradójica aniquilación. Lo mejor que nos puede ofrecer el siglo que termina es su memoria, es decir la posibilidad de contarlo y recontarlo, de incorporarlo a nuestra historia. De otra forma, unos actores amnésicos representarían en un tinglado de farsa las antiguas y sangrientas tragedias.

